

Cabellos trenzados con flores, cuyo peso les hace colgar; brazaletes que realzan el sonrosado de tus brazos; y perlas que brillan en el fondo, y que uno cree coger, cual tu dorada arena, al ahondar la mano.

Mi mano se alarga hácia ti ¡oh fuente en que nada esta sombra! teme que la borre el viento, y mis labios celosos de tu orilla, quisieran beber las bienhadadas linfas que retratan su imagen!

Pero cuando Lila se levanta risueña y se aleja con su madre, solo queda una agua escasa en un oscuro cauce; si la pruebo con el dedo, hallo su amarga linfa, y el fango y el insecto empañan su hermoso color azul.

Pues bien: tu influencia ¡oh Lila! sobre el agua, es la que ha tenido siempre la belleza en mi mente: solo hay luz y alegría para mí cuando brillan tus ojos; mas cuando estos se cierran, quedo en la mas profunda oscuridad!

La jóven para quien acabábamos de escribir estos versos en árabe y francés, no entendía ningún idioma de los dos; solo comprendía un poco el italiano.

23 de octubre.

Hemos dejado al amanecer, el convento del monte Carmelo y los dos excelentes religiosos que lo habitan, y hemos tomado unos escarpados senderos que bajan al mar desde el cabo. Allí hemos entrado en el desierto, situado entre el mar de Siria, cuyas costas generalmente son llanas, arenosas, y hacen ondulaciones que forman algunos gollitos, y los montes que constituyen una continua-

ción del Carmelo, los cuales bajan insensiblemente por grados al acercarse á Galilea. Mas estos montes son negruzcos y desnudos, las peñas penetran á veces la capa de tierra que los cubre y los arbustos que les quedan: su aspecto es triste y sombrío, y no tienen otra cosa que el esplendor de su luz y la magestad ideal de lo pasado. La cadena de montes que se prolonga hasta unas diez leguas se rompe algunas veces, y deja ver algun vallecito poco profundo. En su seno ó en las laderas de los montes que forman uno de estos valles, se ven distintamente las ruinas de un castillo y de una ciudad árabe que se estiende bajo los muros de aquel; el humo de las casas sube y serpentea á lo largo de las laderas del Carmelo, y largas filas de camellos, de cabras negras y xacaras rojizas, se prolongan desde el pueblo hasta el llano que atravesábamos.

Algunos árabes á caballo armados con lanzas, y vestidos únicamente con sus túnicas de lana blanca, con piernas y brazos desnudos, marchaban á la cabeza, y sobre los flancos de ambas caravanas de pastores que llevaban los ganados á la única fuente que hemos hallado despues de cuatro horas. Las fuentes se han encontrado y abiertas en otro tiempo por los habitantes de los pueblos situados á la orilla del mar: los árabes actuales han abandonado estos pueblos hace siglos; solo queda la fuente, y hacen todos los dias este viaje de una ó dos horas para dar de beber á los ganados.

Hemos caminado todo el dia sobre escombros de murallas ó de mosaicos que sobresalen entre la arena, y todo el camino está sembrado de ruinas que atestiguan el esplendor y la inmensa poblacion

que hubieron de tener estas costas, en los tiempos remotos.

En el horizonte que teníamos á la vista desde la mañana hacia la brilla del mar, se veía una columna imensa que reflejaba los rayos del sol, y que parecía aumentar y salir de las olas á medida que avanzábamos; y al acercarnos, reconocimos que esta columna es una reunión de magníficas ruinas pertenecientes á épocas distintas. Por de pronto distinguimos una gran muralla, que por la forma, color y corte de las piedras, se parece enteramente á una cortina ó lienzo del coliseo de Roma; es de altura prodigiosa, y se levanta sola y sesgada sobre un montón de otras ruinas de construcciones griegas y romanas. Detrás de este lienzo de muralla descubrimos los elegantes y trepados rostros, cuasi fuera un enchufe de piedra de un monumento mosaico, iglesia ó mezquita, ó quizá ambas cosas; y despues una serie continuada de otros escombros de bella construcción, y de otros edificios antiguos; y como la senda arenosa que seguían nuestros mukres nos acercaba bastante, podíamos contemplar á corta distancia estos curiosos restos de lo pasado, de los cuales ignorábamos nombre, fecha y existencia.

A una milla de este grupo de monumentos se hace más elevada la costa, y se convierte en peña cortada por la mano del hombre sobre una extensión de una milla de circuito, en términos que parece un pueblo, cuyas casas ó habitaciones han sido xaciadas en la peña, antes que los hombres hubiesen aprendido á arrancarla, y á edificar casas sobre la superficie de la tierra. Con efecto, parece una ciudad subterránea, ciudades de

que los primeros historiadores hablan, ó cuando menos una de esas vastas necrópolis ó panteones que profundizaban en todas direcciones la tierra ó la peña al rededor de las grandes ciudades de los vivientes; pero la figura de las rocas y las innumerables cavernas de sus costados indicaban más bien á mi parecer una mansion de vivos; pues son estensas sus entradas, tienen bastante elevación, hay muchas y anchurosas escaleras que conducen á estas entradas, hay abiertos agujeros ó ventanas en la roca viva para dar luz á las habitaciones; y estas entradas y ventanas dan sobre calles cortadas profundamente en las entrañas de la colina. Hemos seguido muchas de estas anchas y hondas calles, y visto en ellas carriles que atestiguan el tránsito de las ruedas de los carros. Al acercarnos salieron de estas cavernas una muchedumbre de águilas, de buitres, y nubes de estorninos; arbustos de enredaderas, parietarias, y espesuras de mirto y de higuera han arraigado en el polvo de estas calles de piedra, tapizando sus largas avenidas. En algunas partes los antiguos habitantes habían hendido la colina con el escople, y habían abierto canales que dejaban entrar el agua del mar, y permitían á la vista abrazar una parte del golfo que se forma detrás de la ciudad. Este es un paisaje nuevo enteramente, grave y áspero como la roca; risueño y luminoso como las ojeadas sobre la sábana azulada del mar, y como la selva de plantas nacidas por sí mismas en las grietas ó hendiduras del granito. Caminamos algún tiempo por este maravilloso laberinto, y llegamos por fin al pie de la gran muralla y de los monumentos moriscos que teníamos delante, donde nos de-

tuvimos un instante para deliberar. Estas ruinas tienen muy mala fama, porque allí es donde se ocultan las cuadrillas de árabes ladrones que roban y asesinan las caravanas. En Kaifás nos habian advertido que no pasásemos por ellas, ó que fuésemos alerta y no permitiésemos á ninguno que se separase de la caravana. La curiosidad triunfó; no pudimos resistir al deseo de ver estos monumentos, de que no hace mención la historia antigua ni moderna, é ignoráramos si estaban desiertos ó habitados. Llegados al pie del muro que las circuye, descubrimos la abertura por donde debíamos entrar; mas en el mismo instante se presentó un grupo de árabes á caballo con lanza en la mano, sobre la arena que nos separaba de la entrada, cayendo sobre nosotros. Nos sorprendimos, á la verdad, pero estábamos dispuestos: teníamos en las manos nuestras escopetas de dos cañones cargadas y preparadas, y pistolas en los cintos; y así es que avanzamos sobre ellos que se detuvieron; yo me desprendí de la caravana, mandándola que permaneciese sobre las armas: me adelanté con mis dos compañeros y mi dragoman, y parlamentamos: el scheik con sus principales ginetes nos escoltaron hasta la brecha, y dieron orden á los de adentro para que nos respetasen y nos dejasen examinar las ruinas. A pesar de esto juzgué prudente no dejar entrar con nosotros más que una parte de mi jente, y que la restante permaneciese acampada á un tiro de fusil del otero, dispuesta á socorrernos en caso de que cayésemos en alguna emboscada, cuya precaucion fué útil, porque encontramos en el interior de los muros una población de dos

CAPILLA ALFONSINA

cientos á trescientos árabes beduinos, comprendiendo las mujeres y niños. Las ruinas no tenían más que una salida, y fácilmente hubiéramos podido ser cortados y degollados, si estos bárbaros no hubiesen tenido á la vista la fuerza que estaba fuera, la que podían suponer mas considerable de lo que realmente era, porque habíamos tenido cuidado de no presentarla toda, y de dejar atrás algunos mukres sobre un cerro que quedaba á la vista. Luego que entramos por la brecha nos hallamos en un dedalo de sendas tortuosas al rededor de los escombros derribados de la gran muralla, y de otros edificios antiguos, que sucesivamente descubrimos. Las sendas no estaban trazadas con regularidad, sino formadas al acaso entre los escombros por las pisadas de los árabes de los camellos y de las cabras. Las familias de la tribu tampoco habian edificado ninguna habitacion, sino que se habian aprovechado de las cavidades que habian dejado al caer estas moles de piedra para abrigarse en ellas; unas á la sombra de las columnas ó de chapiteles hacinados sobre diversos escombros; y otras al abrigo de un pedazo de tela de pelo de cabra negra, atado de un pilar á otro para servir de techo. El scheik mismo, sus mujeres é hijos, que ocupaban sin duda el palacio del pueblo, habitaban á la entrada de él entre las ruinas de un templo romano; sobre un punto mas elevado, encima de la salida por donde entramos; su casa estaba formada por una gran mole de piedra esculpida, que se levantaba casi perpendicularmente apoyada en uno de sus ángulos sobre otros escombros, que habian caído confusamente y amontonados. Este caos de piedras

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

P. A. N. U.

parecía aun estarse desplomando, y aplastar á la familia del scheik, cuyas mujeres é hijos asomaban sus cabezas por encima de nosotros desde esta caverna artificial. Las mujeres no estaban tapadas con velos, ni llevaban otro vestido que una camisa de algodón, que dejaba descubierta su pecho y sus piernas, y que se hallaba ceñida al cuerpo con un cinturón de cuero. A pesar de los anillos que atravesaban sus narices, y de los extraños colores con que estaban pintados á rayas sus pechos y mejillas nos parecieron muy bien. Los niños aparecieron desnudos ó puestos á horcujadas sobre los trozos de piedras cortadas que formaban el terraplen de estas horrosas mansiones, y algunas cabras negras, con sus anchas orejas colgando, estaban encaramadas al lado de los niños sobre la entrada de estas guitas, y nos veían pasar, ó saltaban por encima de nuestras cabezas de la una parte á la otra de la honda senda por donde íbamos. Vimos también algunos camellos esparcidos y acostados en los sombríos huecos que dejaban los escombros, los cuales levantaban con calma sus cabezas indolentes por encima de los pedazos de columnas y chapiteles que habían rodado. A cada paso variaba la escena, y atraía nuevamente nuestra atención: un pintor encontraba mil objetos que copiar en el modo, siempre nuevo é inesperado, con que las habitaciones de la tribu se han mezclado y confundido con las ruinas de los templos, de los baños, de las iglesias ó de las mezquitas. Cuanto menos ha trabajado el hombre para construirse un asilo en este caos de arruinado pueblo, tanto más estas habitaciones aparecen improvisadas por la caprichosa caída de

CÁPULA ALFONSINA

los monumentos, y tanto más es poética y admirable la escena. Las mujeres ordenaban sus cabras sobre la escalinata del anfiteatro; los carneros saltaban uno á uno desde la ventana gótica del palacio de un emir ó de una iglesia gótica también del tiempo de las Cruzadas. Los scheiks, sentados en el suelo, fumaban sus pipas, bajo la bóveda esculpida de un arco romano, y los camellos estaban atados á las delgadas y moriscas columnas de la puerta de un harem. A fin de examinar en detall las ruinas principales, nos apeamos de los caballos; mas los árabes opusieron grandes dificultades, cuando manifestamos el deseo de entrar en el recinto del gran templo que se encuentra al estremo de la ciudad, sobre un cerro á la orilla del mar. Para cada patio y para cada pared que teníamos que atravesar necesitábamos nuevas contestaciones, y al fin nos vimos precisados á emplear la amenaza para obligarles á que nos cediesen el paso. Las mujeres y los niños se apartaron lanzando imprecaciones; el scheik se retiró un momento y los demás árabes mostraron el descontento en sus rostros y ademanes; pero el aire de indecisión y de temor que llegamos á traslucir en ellos, nos alentó á insistir, y medio por grado, medio por fuerza, penetramos en el interior de este último y más admirable monumento.

Es tal la variedad en la forma y adornos que presenta el edificio, que no puedo decir lo que es, y me inclino á creer que ha sido un templo antiguo que los cruzados convirtieron en iglesia, en la época en que ocuparon á Cesarea de Siria y las costas inmediatas, y que los árabes lo convirtieron despues en mezquita. El tiempo, que destruye

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

V. A. N. U.

las obras y los proyectos de los hombres, lo ha reducido á polvo; y las rodillas de los camellos se doblan ahora sobre las baldosas, donde se prosperaron tres ó cuatro generaciones de diferentes cultos.

Las bases del edificio son evidentemente de arquitectura griega, perteneciente á la época de su decadencia; al nacimiento de las bóvedas, la arquitectura toma el tipo morisco; las ventanas antiguamente corintias, han sido convertidas con mucho gusto y arte en ventanas moriscas con ogivas y ligeras columnas pareadas: lo que subsiste de las bóvedas está esculpido de arabescos perfectamente concluidos y de una esquisita delicadeza. El edificio tiene ocho frentes, y cada uno de los ángulos de esta octágona figura, tiene sin duda un altar, según los nichos que se ven en las paredes, en que estos debían apoyarse. La parte principal del monumento debía estar ocupada también por un altar mayor; pues esto se conoce fácilmente por la elevación del terreno, en la parte indicada del templo, cuya elevación debe ser producida por las gradas que rodearían al altar. Los lienzos de las paredes están á medio desplomar, y en algunos puntos dejan tender la vista sobre el mar y los escollos que le rodean; plantas enredaderas dejaban colgar sus ramas y sus flores desde lo alto de las bóvedas á medio rasgar, y pájaros con el cuello encarnado y nubes de golondrinas susurraban en estos aéreos bosques, ó revoloteaban á lo largo de las cornisas: la naturaleza vuelve á entonar su himno, donde concluye el del hombre. Al salir de este desconocido templo, recorrimos á pie sus diferentes callejuelas, encontrando

CAPILLA ALFONSINA

á cada paso ruinas curiosas ó escenas inesperadas, formadas por esta mezcla de costumbres salvajes con los hermosos testimonios de la muerta civilización. Observamos muchas mujeres y muchachas árabes ocupadas en los pequeños patios de sus chozas en las diferentes faenas de la vida pastoral; las unas tejían telas de pelo de cabra, las otras molían cebada ó hacían cocer el arroz: por lo general son hermosas, altas y robustas; la tez quemada por el sol, pero con la apariencia de la salud y del vigor. Sus cabellos negros estaban cubiertos de piastras de plata enhebradas y collares guarnecidos de lo mismo; al vernos lanzaban gritos de sorpresa, y nos seguían hasta las otras casas. Ningun árabe nos ofreció regalo alguno, y nosotros juzgamos que no debíamos ofrecerlos tampoco; de modo que salimos del recinto con toda precaución. Nadie nos siguió de la tribu, y fuimos á plantar nuestras tiendas á un cuarto de legua de la muralla, en el fondo de un pequeño golfo circundado de murallas antiguas, que fue en otro tiempo puerto de esta desconocida ciudad. El calor era de treinta y dos grados, y nos bañamos en el mar á la sombra de un antiguo muelle; que las olas no han destruido aun, mientras que nuestros árabes, levantaban las tiendas, daban cebada á nuestros caballos, y encendían fuego contra un arco que servía de salida á este puerto. Dan los árabes á este lugar un nombre que quiere decir *escarpada roca*. Los cruzados le llaman en sus crónicas *Castel peregrino* (Castillo de los peregrinos); pero yo no he podido descubrir el nombre de la ciudad intermedia griega, judía ó roma-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

na, á que pertenecian las grandes ruinas que acabamos de ver. Al día siguiente, prolongamos la orilla del mar hasta Cesárea, adonde llegamos á mediodía, despues de haber atravesado un rio, que los árabes llaman Zirka, y que es el de los cocodrilos de Plinio. *وكانت من بلاد النجاشية* Cesárea, antigua y espléndida capital de Herodes, no tiene habitante alguno; sus murallas, reedificadas por San Luis durante la cruzada, están intactas todavía, y podrian servir de excelente fortificacion á una ciudad moderna. Pasamos el hondo foso que las circunda sobre un puente de piedras, colobado en el centro del recinto, entramos en un laberinto de piedras, de cavernas entreabiertas, y de ruinas de edificios, y fragmentos de mármol y de pórfido, que cubren el suelo de esta antigua ciudad: hicimos saltar tres chakales de los escombros, sobre los que resonaban las pisadas de nuestros caballos, en busca de la fuente que nos habian indicado, y no la hallamos sino despues de mucho trabajo al extremo oriental de las ruinas donde nos acampamos. Por la tarde llegó un joven pastor árabe con un numeroso ganado de vacas negras, de carneros y cabras; empleó dos horas en sacar agua de la fuente para dar de beber á sus reses, que esperaban su vez con impaciencia, y se retiraban con orden despues de haber bebido como si hubiesen estado dirigidas por los pastores. Este muchacho, absolutamente desnudo, iba montado en un asno; fue el último que salió de las ruinas de Cesárea, y nos dijo que venia todos los días desde dos leguas de distancia á llevar á beber los ganados de su tribu, que estaba establecida en la montaña. Tal fué el único encuentro que tuvi-

CAPILLA ALFONSINA

mos en esta ciudad, en que Herodes, según Josefo, habia acumulado todas las maravillas de las artes griegas y romanas, y donde habia construido un puerto artificial, que servia de abrigo á toda la marina de Siria. Cesárea es la ciudad donde San Pablo fué preso, donde hizo en su defensa y la del cristianismo la notable arenga que se conserva en el capítulo 26 de las actas de los apóstoles. Cornelio el Centurion y San Felipe apóstol, eran de Cesárea, y en el puerto de Cesárea fué donde se embarcaron los apóstoles para ir á sembrar la evangélica palabra en la Grecia y la Italia. *وكانت من بلاد النجاشية* Pasamos el resto de la tarde en recorrer las ruinas, y en recoger trozos de esculturas que tuvimos que dejar por falta de medios de transporte. Pasamos una noche tranquila al abrigo del acueducto de esta ciudad. *وكانت من بلاد النجاشية* Al siguiente día continuamos el camino por medio de un arenoso desierto, cubierto en parte de arbustos, y aun de bosques de verdes encinas, que servian á los árabes de guardia. Mr. de Parseval se durmió á caballo, y se quedó atrás de la caravana: cuando advertimos que se habia atrassado, oímos dos tiros de fusil, y partimos al galope en su socorro disparando nuestras armas con el objeto de intimidar á los árabes: felizmente no le habian atacado, y los dos tiros los habia dirigido contra dos gamos que atravesaron la llanura. Por la tarde llegamos, sin haber encontrado una gota de agua, cerca del pueblo árabe Mukhalid. Un inmenso sicómoro, colocado como una tienda natural sobre la ladera de un cerro desnudo y polvoroso, nos llamó la atencion y nos sirvió de abrigo. Nuestros árabes se dirigieron al pueblo á pro-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

V. A. N. U.

guntar el camino de la fuente: y habiéndoselo indicado corrimos todos á ella; bebimos, nos mojamos cabezas y brazos, y volvimos á nuestro campamento, donde nuestro cocinero habia encendido fuego al pie del árbol. Su tronco estaba calcinado ya por los sucesivos fuegos de tantas caravanas, como habrian disfrutado su sombra: todas nuestras tiendas y todos nuestros caballos se colocaron bajo sus dilatadas ramas. El scheik de Mukhalid vino á traerme melones; se sentó en mi tienda y me pidió noticias de Ibrahim-Pachá y algunas medicinas para él y sus mujeres: yo le regalé agua de Colonia, y le convidé á cenar con nosotros: aceptó y nos costó gran trabajo despedirlo.

Era tan calorosa la noche, que yo no podia tolerar el calor en la tienda, de modo que me levanté y fui á sentarme bajo un olivo á la inmediacion de la fuente. La luna iluminaba toda la cadena de montes de Galilea, la cual hacia graciables ondulaciones al horizonte á cerca de dos leguas del punto donde me hallaba acampado. La linea que formaba este horizonte era ciertamente admirable, pues las primeras flores de lilas de Persia que cuelgan por la primavera en racimos, no tienen un color de violeta mas fresco ni de mas bellas transiciones que los montes que la formaban á esta hora. A medida que subia la luna y se acercaba, se oscurecia el color tornándose mas purpúreo.

Todos estos montes tienen nombres que figuran en la primera historia que hemos leído en nuestra infancia sobre las rodillas de nuestras madres: allí está la Judea, me decía á mi mismo, con sus prodigios y sus ruinas: allí Jerusalem situado detras de una de aquellas lomas, de cuya

ciudad, que es el término anhelado de mi viaje, solo dista algunas horas. Esta idea producía en mí esa alegría y regocijo que es natural al hombre cuando llega al logro de sus deseos aun los mas insignificantes; pero cuya intensidad está siempre en proporción de la vehemencia del deseo, y he pasado una ó dos horas en contemplar esas líneas, esos colores, ese cielo trasparente y de color de rosa, esa soledad y ese silencio para grabarlo indeleblemente en mi memoria; mas la humedad de la noche empapaba mi capa, y volví á entrar en mi tienda para entregarme al sueño. Apenas habia una hora que me habia dormido, cuando me despertó un ligero ruido: me incorporé un poco, miré alrededor de mí, y como estaba levantada una de las puntas de la cortina de mi tienda para que entrase el aire, á la luz de la luna que penetraba en lo interior, vi un enorme chakal que entraba con cautela, y miraba hacia donde yo estaba con sus ojos de fuego: cogí la escopeta: á este movimiento echó á correr, y me volví á dormir. Mas vuelto á despertar vi al chakal á mis pies revolviendo con el hocico los pliegues de mi capa, y que iba á hacer su presa mi hermoso lebrél que dormía sobre mi propia estera, el cual hace ocho años que no se separa de mí, y al que defenderia hástame con riesgo de mi vida. Yo le habia cubierto con el vuelo de mi capa, y dormía tan profundamente, que nada habia oido ni sentido, y no sospechaba el peligro de que se veía amenazado. Un solo segundo que me hubiese descuidado el chakal se hubiera apoderado de él, y lo hubiera despedazado. Entonces di un grito, mis compañeros se despertaron, y cuando salieron estaba yo fuera de la tien-

da, y habia disparado un tiro; pero el chakal se hallaba lejos, y ninguna mancha de sangre indicaba que hubiese sido herido. Cuando los primeros rayos del sol blanquearon los collados de la Judea, nos pusimos en marcha, y seguimos una tortuosa línea de colinas que se perdía de vista; el calor nos molestaba mucho; reinaba entre nosotros un silencio profundo; y á las once, rendidos todos de sed y de cansancio, llegamos á las escarpadas orillas de un río, cuyas aguas sombrías corrían con lentitud entre dos márgenes cubiertas de cañas, en términos que es menester estar sobre él para verlo. En estas cañas y en el río estaba tendida una manada de búfalos silvestres, los cuales levantaban sus cabezas por encima del agua; allí supimos que pasan así inmóviles las ardientes horas del día; nos miraron sin hacer movimiento, y nosotros atravesamos á vado este río, y llegamos á un abandonado kan. Los árabes llaman á este río Nahr-el-Arsuf. El antiguo Apolonia debe estar colocado por otro río, que atraviesa una hora después, y se llama actualmente Nahr-el-Pétras. Nos habíamos tendido sobre las frescas y sombrías grutas que forman las paredes del kan, y nos hallábamos sentados al rededor de un plato de arroz que nos habia traído para almorzar el cocinero, cuando una terrible serpiente de ocho pies de largo, y tan gorda como el brazo, salió de uno de los agujeros de la pared, y vino á desarrollarse entre nuestras piernas; nosotros nos precipitamos á la entrada para huir; pero ella llegó antes que nosotros, y desapareció pausadamente, vibrando su

CAPILLA ALFONSINA

cola á manera de cuerda de un arco entre las cañas del margen del río. Su piel era de un bello color azul oscuro, y si bien nos repugnaba volver á tendernos allí, el calor era tan fuerte que fué preciso resignarnos, y nos dormimos profundamente, y sin cuidado por las visitas de esta especie, que podían venir á interrumpir nuestro sueño. Á las cuatro de la tarde volvimos á montar á caballo, y á poca distancia del río, sobre una loma, distinguí á un árabe á caballo, con una escopeta en la mano, y un esclavo joven que le seguía á pie. El árabe parecia cazador, mas á cada instante detenía su caballo, y nos miraba desfilarse con un aire de atención ó de incertidumbre. De repente echó al galope, se acerca á mí, y dirigiéndome la palabra en italiano, me preguntó si era el viajero que estaba recorriendo la Arabia, y de quien los consules europeos habian anunciado la próxima llegada á Jaffa. Yo le dije mi nombre, y el saltó de su caballo y vino á besarme la mano. Entonces me dijo que su padre era Mr. Damiani, vice-consul de Francia en Jaffa, y que advertido de nuestra llegada por cartas venidas de Sayda en un buque inglés, hacia muchos dias que salía á la caza de gamos por este lado, para esperarme, y conducirnos á su casa. Nuestro nombre añadió, es italiano, nuestro origen es europeo; pero establecidos en Arabia de tiempo inmemorial, somos árabes propiamente; empero nuestro corazón es francés, y miráramos como un agravio y un insulto hecho á nuestros sentimientos, si aceptáseis otra hospitalidad que la nuestra. Pensad en que soy el primero que ha tocado vuestra persona, y que en Oriente el primero que toca á un estran-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

V. A. N. U.

gero, tiene derecho á que sea su huésped. Os lo advierto porque hay otras familias en Jaffa, que saben vuestra venida por cartas recibidas por el mismo buque, y que saldrán á recibirnos en el momento en que por mi esclavo se sepa en la ciudad vuestro arribo.

Concluido este discurso se volvió al esclavo, le dijo algunas palabras en árabe, y este montando la yegua de su amo, desapareció en un abrir y cerrar de ojos detrás de los montecillos de arena que terminaban el horizonte. Le hice dar uno de mis caballos de mano que llevaba de reserva, y seguimos el camino de Jaffa, cuya ciudad no descubrimos aun.

Después de dos horas de marcha, vimos á la otra parte de un río, que nos quedaba que pasar, unos treinta ginetes con magníficos trages y con brillantes armas sobre caballos árabes hermosísimos que esperaban á la orilla del río. Tan pronto como nos distinguieron picaron los caballos hacia el agua gritando y tirando pistoletazos para saludarnos: eran los hijos, los parientes y amigos de los principales habitantes que salían á recibirnos. Todos se acercaron á mí para saludarme: respondí á los unos por medio de mi dragoman y en italiano á los que lo entendían; se colocaron á nuestro derredor, corrieron acá y acullá por la arena y nos dieron el espectáculo de las carreras del Djerid, en las que los ginetes ostentan todo el vigor de sus caballos y la destreza de sus brazos. En esto nos acercamos á Jaffa, y la ciudad comenzaba á presentarse sobre una colina que se interna en el mar. El golpe de vista es asombroso cuando se llega á ella por la parte del desierto. Por la de Oc-

CÁPULA ALFONSINA

cidente el pie de la ciudad está bañado por el mar, que despliega continuamente sus espumosas olas sobre los escollos que defienden el recinto del puerto; por el Norte, que era el lado por donde otros llegamos, está rodeada de jardines deliciosos, que parecen salir por encanto del desierto para coronar y sombrear sus murallas; de modo que se anda bajo la bóveda elevada y olorosa de las palmeras, de los granados cargados de fruta, de cedros marítimos, cuyas hojas parecen de encage; de naranjos, de higueras, y de limoneros grandes, como los nogales de Europa que se encorvan bajo el peso de sus frutos y de sus flores: la atmósfera está impregnada de un elevado perfume esparcido por la brisa del mar, el suelo enramado de flores de azahar que arrastra y barre el viento, del mismo modo que en nuestro país las hojas muertas en el otoño. De distancia en distancia se encuentran fuentes turcas con mosaicos de jaspes de colores diversos, las cuales con sus tazas de cobre atadas con cadenas, ofrecen al pasajero su límpida agua rodeadas de grupos de mujeres que se lavan los pies, y que sacan agua con vasijas de una figura antigua. La ciudad alza sus blancos minaretes, sus terrados con almenas, y sus balcones á ogivas moriscas del seno de este océano de árboles balsámicos; y del lado de Oriente se destaca del fondo de arena blanca que estiende inmediatamente detrás de ella el interminable desierto que la separa del Egipto. Junto á una de estas fuentes descubrimos de improviso una tercera cabalgata, á la cabeza de la cual iba Mr. Damiani padre, agente consular de muchas naciones europeas y uno de los personajes mas influyentes de la ciudad. Su traje nos hizo

La Lectura.

Tom. I.

79

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

P. A. N. U.

sonreír: llevaba un cafetan azul celeste forrado de armiño y atado por la cintura con una faja de seda carmesí, sus piernas desnudas salían de un ancho pantalón de muselina sucia, y en la cabeza llevaba un gran sombrero de tres picos, raído por los años y empapado de sudor y de polvo que atestiguaba sus muchos servicios prestados durante la guerra de Egipto. La excelente acogida, y la cordialidad patriarcal de nuestro viejo vice-cónsul, suspendieron la risa en nuestros labios, y no dejaron lugar en nuestros corazones sino al reconocimiento que le manifestamos. Iba acompañado de muchos de sus yernos, de sus hijos y nietos, todos á caballo como él. Uno de estos nietos, de doce á catorce años, que montaba una yegua árabe sin brida, al lado de su abuelo, tenía el mas hermoso rostro de niño que he visto en mi vida.

Mr. Damiani, iba delante de nosotros, guiando nos por medio de un numeroso gentío que se apiñaba al rededor de nuestros caballos, hasta la puerta de su casa, donde nuestros nuevos amigos nos saludaron y nos dejaron al cuidado de nuestro huésped.

La casa de Mr. Damiani es pequeña, pero admirablemente situada en la parte mas elevada de la ciudad, dominando el horizonte por tres lados, á saber: el del mar, el de la costa de Gaza y el de Askalon hácia el Egipto, y el de la costa de Siria por el lado del Norte. Los aposentos están rodeados de terrados descubiertos, en los que sopla la brisa del mar, y desde los que se distingue á diez leguas de distancia la menor vela que atraviase el golfo de Damietta. Estos cuartos carecen de ventanas, porque las hace inútiles el clima; el aire es

siempre tan templado como en los dias mas hermosos de nuestra primavera, y una simple cortina es todo lo que se necesita para defenderse del sol; así es que dividen con los pájaros las habitaciones construidas por el hombre, y que en la sala de Mr. Damiani y en los vasares de madera, que rodean las paredes, centenares de golondrinas con los cuellos encarnados estaban tranquilas, entre la porcelana de la China, las tazas de plata y los tubos de las pipas que adornan la cornisa. Estas aves revoloteaban todo el dia por encima de nuestras cabezas, y por la noche venían á colocarse sobre los brazos de metal del velón que iluminaba nuestra cena.

La familia de Mr. Damiani, padre está compuesta de este, cuya figura es indecisa entre el patriarca y el comerciante italiano, pero en ella prevalece la parte de patriarca; de la Señora Damiani madre, hermosa mujer árabe, y madre de doce hijos, pero que conserva sus formas, y en su tez el brillo y la frescura de la belleza turca; de muchas jóvenes casi todas hermosas; y de tres hijos, el mayor de los cuales es el primero de quien hemos hablado. Los otros dos tuvieron con nosotros las mismas atenciones, y nos sirvieron de igual utilidad. Las mujeres no comparecieron mas que una sola vez en traje de ceremonia, adornadas con sus ricas alhajas, se sentaron en la mesa é hicieron con nosotros una sola comida. Lo demás del tiempo estaban ocupadas en preparar nuestro servicio en un pequeño patio interior, en el que las veíamos al salir y al entrar en la casa. Los jóvenes, educados con el respeto que las costumbres orientales imponen á los hijos, no se sentaban

nunca con nosotros durante la comida, sino que permanecían en pie detrás de su padre, y cuidaban de que no faltase nada á los convidados.

Tan pronto como entramos en la casa se presentaron muchos habitantes de la ciudad, que venían á felicitarnos y ofrecernos sus servicios. Se tomó el café, se trajeron las pipas, y se pasó la tarde en las interesantes conversaciones que suscitaba nuestra curiosidad. El gobernador de Jaffa, á quien yo había enviado mi intérprete para cumplimentarle, no tardó en venir á visitarme: era este un jóven y hermoso árabe, vestido con un traje riquísimo, y cuyas maneras y lenguaje denotaban la nobleza de su corazon y la esquisita elegancia de sus hábitos. Su cabeza es de las mas hermosas que he visto en los hombres. Su barba negra, rizada y reluciente, se abria como un abanico sobre su pecho: su mano, cuyos dedos estaban cubiertos de diamantes que deslumbraban, jugaban sin cesar con los rizos de esta barba, y los pasaba y repasaba continuamente para suavizarla y peinarla. Su mirada era altiva, pero apacible y franca como la de todos los turcos en general. Se conoce que estos hombres no tienen nada que ocultar: son francos porque son fuertes, y son fuertes porque no se apoyan jamás sobre ellos mismos, sino siempre sobre la idea de Dios que todo lo dirige, y en la Providencia que llaman fatalidad. Colocad á un turco entre diez europeos y se le reconocerá siempre en la altivez de la mirada, en la gravedad del pensamiento, impresa por el hábito en sus facciones, y en la sencillez noble de la expresion. Este gobernador había recibido cartas de Mehemet-Ali y de Ibrahim-Pachá que me re-

comendaban enérgicamente. Conservo estas cartas y le hice leer otra de Ibrahim que llevaba conmigo: he aquí su contenido.

«Tengo noticias de que nuestro amigo Mr. de Lamartine ha llegado de Francia con su familia y muchos compañeros de viaje para recorrer el pais sometido á mis armas, y conocer nuestras leyes y costumbres. Deseo, pues, que tú y todos mis gobernadores de ciudad ó provincia, los gefes de mis escuadras, y los generales y oficiales que mandan mis ejércitos, le deis todas las pruebas de amistad, y le presteis todos los auxilios que mi afecto hácia él y hácia su nacion me prescriben, y que le suministreis, si lo pide, las casas, los caballos y los víveres que pueda necesitar con su comitiva. Le procurareis los medios de recorrer los puntos de mis estados que desee examinar, y le facilitareis escoltas tan numerosas como sean necesarias para su seguridad, de la que respondéis con vuestra cabeza. Si por razon de los árabes encontrase dificultad en penetrar en algunas provincias de mis dominios, hareis marchar vuestras tropas para asegurar sus escursiones.»

Puso el gobernador esta carta sobre su frente despues de haberla leído, y me la devolvió. Me preguntó despues que era le que podría hacer para dar la obediencia debida á las órdenes de su amo, y se informó de los puntos á donde yo queria ir; mas como nombrase á Jerusalem y la Judea, tanto sus oficiales como Mr. Damiani y los padres del convento de Tierra Santa en Jaffa, que se hallaban presentes, manifestaron que era imposible; la peste acababa de declararse con una intensidad alarmante en Jerusalem, en Belen y